

El Estado y la libertad

Desde hace más de sesenta años los anarquistas son los únicos que proponen una solución lógica y radical — una solución socialista — al problema del Estado.

Los otros socialistas, o se han limitado a ignorarlo, o esperaban fatalísticamente la solución automática de una hipotética desaparición de las divisiones de clase; o bien — el peor de los errores que se infiltró en la práctica cotidiana del socialismo, sin que se tuviese el valor para hacer de él una teoría clara — acabaron poco a poco por esperar la emancipación proletaria del Estado a través de la conquista legal y electoral de los poderes públicos y de las municipalizaciones y estatizaciones cada vez más amplias.

Hubo siempre, es verdad, una minoría en el seno del partido socialista, la cual oponía al reformismo parlamentario socialista un método revolucionario que, aun sin renunciar al cómodo pasatiempo de las urnas, fundaba más sus esperanzas sobre la acción directa de las masas. Pero tampoco esta minoría pedía al método revolucionario otra cosa que la conquista del Estado, para imponer desde lo alto del socialismo — su socialismo particular — por medio de la violencia dictatorial. La libertad no quedaba menos sacrificada en el altar sangriento del fetiche del Estado.

Sólo los anarquistas venían claro que el privilegio del poder es una fuente de miseria y de esclavitud para los unos, de corrupción y de tiranía para los otros, como el privilegio de la riqueza; que el Estado constituye por sí, aun independientemente de su función actual de clase, una dominación de minoría y de casta explotadora no menos que el capitalismo; y que la ida al poder constituye, desde el punto de vista socialista, una traición, un abandono de la causa proletaria como el convertirse en capitalista y patrón, tanto más dañoso y peligroso si se vuelve uno gobernante con el pretexto o incluso con la sincera intención de obrar mejor en interés de los obreros y de realizar su emancipación. Los desastrosos resultados de la conquista del poder por parte de los socialistas, tanto en el sentido legalitario y democrático como en el revolucionario y dictatorial, los hemos visto y los tenemos todos delante de los ojos.

No obstante, los anarquistas permanecen siempre desesperadamente solos en la lucha contra el Estado — no contra este o aquel ministerio, ni contra esta o aquella forma de administración estatal, sino contra toda la institución del Estado como tal — por su sustitución con la libre asociación federativa de las fuerzas activas y productivas de cada región, sobre una base de solidaridad social y de autonomías individuales y colectivas. Pero les queda — misero consuelo, que sin embargo les estimula para propagar la verdad, en la esperanza de que acabará por imponerse — el testimonio que de tanto en tanto la experiencia y la ciencia aportan a sus razones: el testimonio que el Estado, que pretende representar la sociedad, es en cambio su peor enemigo.

Examinando la espantosa crisis económica actual — que nos hace esperar, es verdad, el derrumbamiento del capitalismo, pero que nos hace también temer que éste pueda arrastrar en su desastre las fuerzas sanas de la civilización y del trabajo, si no saben libertarse de las garras del monstruo moribundo y salvarse a sí mismas — Arturo Labriola, en un libro suyo reciente: «L'Etat et la crise», demuestra que la crisis no sería tan grave, y que incluso sería fácilmente superada, si en cada país no estuviese el Estado (el gobierno político) que la perpetúa y la exaspera. Dice también más: dice que al Estado corresponde justamente el origen de la crisis. Esta es una herencia de la gran guerra, que ha echado las bases de la economía nacionalista y ha creado este vasto movimiento de concentración de las fuerzas sociales del Estado... La crisis actual es el resultado de los esfuerzos de todos los Estados para sustituir por una economía local la vieja economía internacional.

La culpa es del Estado. Y el autor examina también la evolución de las instituciones estatales hacia formas cada vez más centralizadas, totalitarias, tiránicas — fascistas, en una palabra. Que el fascismo es la culminación lógica de las tendencias naturales del Estado a conservarse a sí mismo y a acrecentar cada vez más el propio poder, hasta que, «poco a poco acabará por devorar a la sociedad sobre la cual vive. La economía del Estado es siempre fraudulenta, y lo es tanto más cuanto más poderoso es —, hasta que, en su fase imperialista, se convierte en «crisis en permanencia».

La documentación de estas verdades «anarquistas» se encuentra escrita en caracteres de sangre en toda la historia contemporánea de todos los países europeos, americanos y coloniales, democráticos y dictatoriales, negros o rojos. También en el libro citado son ilustradas muchas de tales pruebas, aunque el autor se limite a una ilustración exclusivamente científica sin sacar las deducciones de acción práctica. Pero esas deducciones nos toca a nosotros sacarlas como confirmación de nuestra doctrina libertadora, y sobre todo — en nuestra calidad de militantes revolucionarios — para reanimar la batalla que vamos combatiendo y darle un objetivo cada vez más preciso.

Hablan los desocupados

En las planas destinadas a informar a la opinión pública, se habla demasiado del paro obrero. Todo son presupuestos; todo son proyectos para mitigarlo; pero el problema continúa en pie, más bien aumentando que disminuyendo. Los proyectos se aprueban; los presupuestos también; no obstante, no se ponen en práctica, y mientras tanto los desocupados se pasean por las calles o se sientan cara al sol con muestras de abatimiento; pero con resignación, esperan, sin duda, que algún día mejorarán los tiempos cuando este o aquel Gobierno suba al Poder, y calurosamente discuten de política, defendiendo este o aquel partido y culpando a aquel otro.

No es cosa de guardar una actitud tan indigna ante la situación actual, evidentemente sintomática, ni confiar por más tiempo en la política. Reconozcamos de una vez y para siempre, que ningún Gobierno, por muy derecha o izquierdista que sea, podrá extinguir el paro obrero, pues este es un problema de carácter social — no político —, y el mal, que es a toda luz crónico, abarcando proporciones gi-

gantescas y extensiones incalculables, no puede ser resuelto dentro del marco capitalista.

Es tiempo ya de que los sin trabajo nos demos cabal cuenta de nuestra situación y procuremos por todos los medios a nuestro alcance proporcionarnos un local — en Francia y otros países los hay a montones — donde podamos acudir y cambiar nuestras impresiones, para ponernos de acuerdo, y no guardar esta actitud de apatía y alejamiento, pues todos nos necesitamos, si verdaderamente queremos que esta vida de sufrimientos y miserias, por una ociosidad forzosa, termine. Los que trabajan, por su parte, también deberán hacer lo mismo, por conveniencias propias y mutuo apoyo, pues este es un problema de suma gravedad para todos, y urge, por lo tanto, que todos los obreros, activos o inactivos, nos unamos y formemos un bloque estable.

La que dará pan y trabajo para todos, acompañándonos la igualdad y la justicia en todos nuestros actos. J. G.



Luigi Fabbri habla del problema de la organización anarquista

ESPONTANEIDAD O ESFUERZO REFLEXIVO

Hasta aquí, en el movimiento anarquista, se ha contado demasiado, para resolver todos los problemas de la acción, con el impulso inmediato, con la iniciativa espontánea, con la improvisación, con los arrebatos instintivos y pasionales. Los cuales todos tienen ciertamente su parte importante en la historia, y a menudo son indispensables o inevitables, algunas veces hasta providenciales. Pero por sí solos son insuficientes, y tienen mucha mayor importancia los actos determinados por la voluntad y preparados por el largo ejercicio de ésta.

Indudablemente, cuando se presenta una nueva circunstancia en que no se había pensado, es preciso proveer a sus necesidades lo mejor que se pueda, improvisando. Pero eso es lo menos malo, no lo deseable. Lo que debemos desear, y por lo tanto proponemos, es estar preparados para el mayor número posible y previsible de circunstancias de lucha, de defensa y de evolución, frente a las cuales podemos encontrarnos. Y no sólo preparados espiritualmente, sino prácticamente lo más posible, para ser capaces de resolver, a medida que se presenten los problemas que la defensa, la lucha y la revolución nos impongan.

Esto, como hemos dicho más arriba, exige de nuestra parte el estudio, luego la fijación de una determinada línea de conducta o de varias líneas de conducta y por fin la disposición de las fuerzas para poner en práctica lo que hemos decidido hacer. Está claro, en efecto, que si nos limitásemos, aunque sea con la mayor sabiduría imaginable, a estudiar y a exponer lo que los anarquistas debían hacer en las más diversas circunstancias, y luego cada cual quedase con las manos cruzadas o casi, esperando poner en práctica las propias ideas no se sabe cuando, sin preparar los medios para hacerlo, sin disponer a tal propósito a las diversas colectividades anarquistas, cuando se presente realmente la ocasión nos encontraríamos en la impotencia y en la imposibilidad de poner en práctica lo que hemos dicho o escrito en los programas o en los artículos de periódico. La cuestión de la acción, por tanto, la cuestión de la voluntad de la acción se traduce prácticamente en una cuestión de organización, de una o de más organizaciones, que en el terreno práctico y de la lucha, del movimiento, de la educación y de la propaganda con el ejemplo van realizando el anarquismo.

No quiero volver a comenzar aquí la larga discusión sobre la organización que tanto ha ocupado y ocupa todavía a los anarquistas. En realidad, tampoco los que se declaran contrarios a la organización hacen más o menos que organizarse de continuo, y sólo lo hacen de modo confuso e incoherente, en tanto que inconsistentes, y no raramente del modo más antianárquico. Con frecuencia, a falta de una organización propia, no hacen más que aceptar la organización ajena, la cual, naturalmente, explota y utiliza su actividad más para sus fines que para los de ellos.

El verdadero contraste entre anarquistas no consiste por tanto en ser partidarios de la organización o adversarios, sino en la preferencia dada a una más bien que a otra forma de organización. Los unos se confían a la organización exclusivamente local y temporal, surgida de tanto en tanto bajo el acicate de las necesidades inmediatas, con medios de fijación por completo ocasionales e inorgánicos. Es la corriente anárquica que surge

en torno a 1890, bajo la influencia más literaria que sociológica del individualismo, e inspiró por un cierto período el pensamiento de Kropotkin, de la Révolte de Paris y en gran parte al anarquismo latino y más especialmente francés. Los orígenes, en cambio, patrocinan la formación de una organización permanente, extendida lo más posible en todo el país y en diversos países, por agrupaciones federadas con un pacto común y relaciones continuas y regulares, por medio de Congresos y órganos de alianza decididos por éstos, en vista de necesidades no sólo contingentes, sino futuras; y es la corriente que se enlaza más bien con la tradición de la primera Internacional y con Bakunin, que ha persistido en Alemania, que en España vivió hasta 1890 aproximadamente, y que en Italia echó raíces más sólidas de 1897 en adelante, especialmente por la constante propaganda de Malatesta.

Después de la guerra esta segunda corriente se abrió camino un poco por todas partes, comenzando por Francia, con tendencias diversas de lugar a lugar, pero sobre todo bajo la influencia del sindicalismo revolucionario; a ella se había adherido cada vez más el mismo Kropotkin en los últimos años, desarrollando sus ideas sindicalistas y federalistas, de las que, por lo demás, no había estado nunca muy lejos y de las cuales había sido partidario y precursor en su primer período de actividad en el seno de la histórica Federación del Jura. Pero estas tendencias están todavía demasiado desgastadas y son demasiado poco precisas para ejercer una influencia suficiente como para pesar sobre los acontecimientos. La experiencia de la Revolución rusa, en donde la heroica actividad anarquista fue explotada por los bolchevitas en detrimento de los anarquistas, que fueron derrotados en gran parte, a causa de su desorganización, fué decisiva. No pocos compañeros, que han vivido en las horas más trágicas de aquellas revoluciones en Rusia y en Alemania, me han dicho que en aquellos países ahora la idea de la organización anárquica aparece como una verdad indiscutible, como una necesidad imprescindible. Menospreciarla sería doblemente perjudicial, porque por un lado acrecentaría la impotencia de los anarquistas, y por otro favorecería, por reacción, en medio de las mejores elementos más desearos de acción, el infiltramiento de burocráticas tendencias autoritarias, de origen democrático o de origen bolchevista (1).

LA ORGANIZACION

El problema anarquista de la lucha inmediata tiene necesidad, para ser resuelto — como hemos dicho —, de una organización anárquica sólida y fuerte, duradera y extendida, capaz de resistir y de vivir incluso bajo la prevalencia momentánea de fuerzas adversas. No excluye otras formas de actividad, de iniciativa individual o de grupo; ¡al contrario! Pero éstas serían frustradas en gran parte de su eficacia sin la coexistencia de aque-

(1) Las manifestaciones de este peligro han sido, entre otras, la infatuación paribaldinista entre algunos anarquistas italianos y españoles (infiltración democrática), y las infatuaciones de una organización exclusivista y centralizadora con el proyecto de la «Plataforma» de un grupo ruso, muy discutida en estos últimos tiempos (infiltración bolchevista).

lla; mientras tal coexistencia de la organización multiplicaría los efectos y podría dar motivo a mayores progresos anarquistas ulteriores.

Pero ¿qué se entiende por organización sólida, extendida, duradera y fuerte? La mentalidad autoritaria que, sin embargo, persiste inconscientemente también en algunos anarquistas, hace que a menudo se crea que, para ser fuerte, sólida, etc., una organización no puede menos de ser autoritaria, centralizada, exclusivista, aunque limitadamente. De aquí la consecuencia que unos desconfían de la organización y le son hostiles, y los otros creen necesario, para organizarse, entrar en pactos con las tendencias autoritarias, aceptar algunas, transigir y disimularse desde el punto de vista anarquista. La verdad es propiamente lo contrario. Una organización es verdaderamente tanto más sólida y fuerte y da resultados de liberación efectiva, cuanto más fiel queda al principio fundamental del anarquismo. La organización que, por tanto, conviene realizar, es la que pone como punto de partida la autonomía del individuo y del grupo en las asociaciones y federaciones cada vez más extensas, que excluye toda centralización y delegaciones de poderes y se basa en mutuos pactos libremente aceptados, que funciona a través de órganos de alianza y de ejecución sin facultades coercitivas y sin caracteres de desigualdad frente a todos los asociados.

Naturalmente, no hay que pretender para tal organización la condición de la perfección, deseable, que se debe aproximar, pero que no es alcanzable nunca en las cosas humanas. Defectos y errores, incluso de tendencia autoritaria, podrá haberlos siempre, porque los hombres son imperfectos, y en éstos, aunque sean anarquistas, ciertas tendencias autoritarias persisten siempre. Pero, y esto es lo importante, tal organización será siempre suficientemente anarquista como para preferir a las organizaciones autoritarias, y garantizará la libertad y autonomía del individuo, es decir, de todos los individuos asociados, mucho más que la desorganización, en la cual, en la mejor hipótesis, libertad y autonomía pueden ser sólo privilegio de pocos individuos excepcionales más fuertes y dotados.

¿Qué tipo de organización hay que preferir desde el punto de vista anarquista? Sería erróneo, antianárquico y por lo demás imposible en la práctica, proponerse un tipo único de organización, de carácter igual y universal, para todas las funciones de la lucha y para todos los países.

(Continuando)

LUIS FABBRI

LEED "Erich Mühsam"

por A. SOUCHY

Precio: 1 peseta

VOLUNTAD

Voluntad es la potencia dinámica del espíritu que se agita constantemente hasta conseguir la realización de los hechos que, inducidos por las meditaciones del libre pensamiento, se ejecutan.

Voluntad es el factor primordial que necesita nuestro movimiento emancipador, que precisa las grandes multitudes e individualidades.

Voluntad es la fe y el entusiasmo que alienta la existencia del hombre, que fortifica los ánimos, que renace la esperanza. Ello es optimismo, ilusión, vida, juventud.

Hombre sin voluntad es aquel que, abatido y pesimista, camina por el sendero tenebroso de las decepciones. Hombre falto de voluntad es aquel que deambula con paso alejado, indeciso, sin ánimos ni esperanzas para afrontarse ante los obstáculos dificultosos de la vida. Ello es pesimismo, inercia, desesperanza.

Voluntad exigen los ideales a que nos debemos. Voluntad clama la libre sociedad del porvenir. Voluntad es el ímpetu que necesitan las grandes conquistas de superación libertadora.

Forjemos fuertes núcleos de voluntades que obren virilmente sobre los cimientos inquebrantables de un mundo nuevo. Prosigamos en la sublime tarea de reconstrucción humana, antes que este viejo y carcomido régimen nos aplaste. Amenaza ruina y es por ello que debemos prevenimos ante su derrumbamiento.

Seamos optimistas y voluntariosos para llevar a cabo todas cuantas actividades exijan y requieran los momentos difíciles en que vivimos. Este será el paso gigantesco que arrasará todas las lacras e inmundicias que hoy prosperan bajo la sociedad capitalista.

MANUEL S. VERDÚ

De Almería

UN ACTO DE PROPAGANDA

El 29 del pasado mes de abril, y organizado por las Juventudes Libertarias de Almería y Sindicato Único de Campesinos, se celebró un acto conmemorativo de la fecha del primero de mayo.

El acto pudo celebrarse, aprovechando la asamblea que el Sindicato de Campesinos tenía autorizada para el día 29. Con los oradores se desplazaron a la barriada de los Molinos un buen número de compañeros de Almería, y el salón del Sindicato resultaba incapaz para contener a los asistentes al acto que, pese a las trabas y entorpecimientos que hubo que vencer, resultó magnífico.

Hicieron uso de la palabra los compañeros Cueto, Rubio y Navarro. El primero expresó claramente el fracaso de las democracias burguesas que se basan en el desatendido triángulo del liberalismo, conquista de la Revolución francesa, falsado por los continuadores de la misma e impuesto en España por los usurpadores del fracasado movimiento de diciembre de 1930, que consiguieron, con engaños a las masas, adueñarse el 14 de abril de lo que se quitaba a un rey felón.

Exhorta a los trabajadores a seguir su camino cada vez más divergente de los cauces políticos, y a ensanchar el radio de acción de sus sindicatos, como medio de adquirir la capacidad necesaria para el día no lejano en que triunfe la verdadera revolución social.

El compañero Rubio, deportado de la Argentina, habló de la desigualdad como base del régimen capitalista. Expuso claramente los conceptos sanos en que se basa el comunismo anárquico.

El compañero Navarro, hizo un llamamiento en favor de los compañeros presos y de sus familias. Aportó datos estadísticos demostrativos de la cruenta represión desatada en contra nuestra.

Al final, el compañero Segura, Secretario de la Federación Local de la C. N. T., resumió el acto y glosó la charla del compañero Navarro, esperando de nosotros que tengamos siempre un recuerdo para los compañeros caídos en la lucha o que han perdido su libertad por nuestros ideales.

Y, en medio del mayor entusiasmo, terminó el acto, que ha de ser el primero de la serie que no piensa interrumpir la J. L. de Almería, en tanto le sea posible.

CORRESPONSAL

De Herrera

Un año o dos antes de la proclamación de la República, fué constituido en este pueblo un sindicato obrero afecto a la gloriosa C. N. T., el cual agrupaba en su seno, sin distinción de matiz, a toda la clase trabajadora herreña. Sostuvo dicho sindicato épicas luchas contra la burguesía del mencionado pueblo, muchas de las cuales fueron terminadas a golpe y rumbido por los que decían gobernar en nombre de la libertad.

Creó este proletariado tan fenomenal ambiente revolucionario en Herrera que los pueblos circunvecinos quedaron asombrados, ya que todos los meses, a más tardar, se planteaba un conflicto de carácter económico que, sin pensar en un fracaso, el cual soportamos más de una vez, nos hacía descubrir el pecho ante la burguesía intransigente.

Y es hoy, cuando ya nadie se acuerda del sobrenombre que aplicaron no ha mucho a este noble y generoso pueblo, cuando salta a la vista un hecho inusual y absurdo para que, con mucha más razón que antes, podamos seguir denominándolo así. Si, camaradas, ahora es cuando en realidad le podemos llamar a nuestro pueblo *Barcelona la Chica*. ¿Queréis saber por qué? Pues ahí va.

Seguramente no saben estos pelafustanes el papel criminal que representan al ponerse frente a sus hermanos de explotación, dispuestos a sabotarlos y a ametrillarlos si la caverna calvosotellista, mil veces estúpida, se lo exigiera.

Una gran parte del pueblo los conoce ya, y nosotros sólo damos la voz de alerta. Vigilemoslos todos de cerca y si se disponen a obrar — obremos nosotros también; pero que nuestra obra sea cimentada en nuestras tácticas y bases, dura como una roca, depuradora de un mal sanguinario y cruel.

Y aquí tienen, camaradas, demostrado ya el por qué podemos denominar a nuestro pueblo, con mucha más razón que antes, *Barcelona la Chica*.

PROGRESO LIBERTARIO

LEED El pensamiento de Malatesta por L. FABBRI

Precio: 3 pesetas

La crisis mundial del capitalismo por J. LAZARTE

Precio: 1'50 pesetas

Ediciones Tierra y Libertad